9509

EL TEATRO
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

REINA Y MÁRTIR

MONÓLOGO HISTÓRICO ESCRITO EN VERSO

POR

F. PI Y ARSUAGA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón*)
Pez, 40. — Oficinas, Pozas, 2, segundo
1886

REINA Y MARTIR

MONÓLOGO HISTÓRICO ESCRITO EN VERSO

POR

F. PI Y ARSUAGA

MADRID: 1886
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ GARCÍA
Costanilla de los Angeles, número 3.

PERSONAJES.

María Estuardo..... Reina de Escocia.

Tomás Andrevews, Sir Amías Paulet, guardias, criados, doncellas, etc., etc.—Una sombra.—Á excepción de María ninguno habla.

Época: Año 1587.

Esta obra es propiedad de D. H. Valeriano, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El editor se reserva el derecho de traducción.

Los Comisionados de la Galería Lírico-Dramática titulada EL TEATRO, de D. Florencio Fiscowih, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LOS SEÑORES

D. JOAQUÍN PÍ Y MARGÁLL,

Y

DOÑA MANUELA RIVADENEYRA DE PÍ

DEDICA ESTE MONÓLOGO

EN PRUEBA DE VERDADERO CARIÑO SU SOBRINO

EL AUTOR.

673495

ACTO ÚNICO.

DECORACION

Prisión de María Estuardo en el castillo de Fotheringay.

ES DE NOCHE.

Al levantarse el telón, María Estuardo aparece sentada en un sillón vestida toda de negro y con la cabeza caída sobre el pecho en actitud de meditar. Pequeña pausa.

Todo acabó. La sombra de la muerte
va extendiendo su brazo formidable.
Pronto quizá mi desdichada suerte
convertirá mi cuerpo en masa inerte
y volará mi espíritu impalpable.
¡Perderlo todo cuando más se anhela!
¡Permanecer en lánguido abandono
cuando el alma aún por algo se desvela!
¡Sentir que ya la sangre se congela
pudiendo conquistar el régio trono!
Cuánta tristeza el corazón rebosa,
y cómo late al dolor pausadamente
del verdugo al mirar la faz rugosa,
y al contemplar el hacha temblorosa
que se levanta ya sobre mi frente.

Yo, en momentos más dulces y más bellos
que el hado á mis desdichas eslabona,
de la gloria sentí hermosos destellos,
y enredados miré entre mis cabellos
los diamantes de fúlgida corona.

¡Ah! Recuerdos de ayer, dulces memorias
que aumentáis el dolor de estos instantes,
sombras mil de quiméricas historias,
fantasmas de mis sueños y mis glorias,
me pareceis espectros repugnantes.

Huid, huid, mi calma lo reclama,
lo reclama la paz del corazón
que de rabia al miraros ruge y brama,
os siente el pecho cual siniestra llama,
cual eterna é implacable maldición.

Y es que están con vosotros los horrores
que mi conciencia de perdón eximen;
y es que están con vosotros mis amores,
mis iras, mis pasiones, mis furores...
y es que os halláis al lado de mi crímen!...

¡Crímen y amor! ¡Oh fieles compañeros,
precursores de horrible fatalismo,
he logrado muy tarde conoceros:
Ya no puedo vengarme ni venceros,
ya estoy en la pendiente del abismo!

Y es preciso rodar, rodar sin pena
al peligro, cruzándose de brazos,
despreciando la ley que me condena,
rodar sin tino y con la faz serena
hasta quedar partida en mil pedazos!...

¡Castigo cruel, castigo sin ejemplo!
Templad, Dios mío, vuestro justo encono.
Ya de mi alma los crímenes contemplo,
ya los confieso, sí. Cerradme el templo,
quitadme el cetro, arrebatadme el trono.

Haced que caiga mi cabeza impía,
repartid á los grajos mis despojos;

pero dad un momento de alegría
á mi conciencia, que su fé os envía
rebosando de lágrimas los ojos.
Un momento no más, un solo instante,
y venga luego del feroz verdugo
la mano audaz, el hacha que brillante
ha de herir con sus rayos mi semblante
y con su filo ha de cortar mi yugo.
El yugo que á la vida me sujeta,
el yugo que la carne al hombre impone,
carne que al alma vencedora reta,
carne que al alma sin cesar inquieta
y al cabo logra que su afán corone.
¡Oh! Yo bien sé que la justicia humana
no castiga mi crímen, mi pecado;
yo bien sé que Inglaterra soberana
derramará esta sangre que me ufana
por manchar el altar en que he rezado.
Pero la voz de Dios que es más potente
aumenta mi dolor y mi tortura
y me dice: Tu crímen, solamente,
es el motivo de lo que ahora siente
el corazón que llena la amargura.
¡Reza! me grita, y á rezar empiezo,
(Se arrodilla.)
y tiemblan mis rodillas y desmayo.
Ya á la oración mi espíritu enderezo
(Intentando levantarse.)
y al fin sin yo quererlo acaba el rezo
(Cayendo.)
y caigo como herida por el rayo.

(Queda unos momentos con la cabeza apoyada en el suelo. Entra la sombra de Enrique Darley. María se levanta. La sombra atraviesa la escena y desaparece. María la habla como si estuviera delante de ella.)

¡Enrique! ¡Cielos! ¡Dios mío!
Ni aún respetas mi prisión.
Mira mi rostro sombrío.

Ya solo en el mundo ansío
poder lograr tu perdón.
¡Enrique! mi amado esposo,
ven, ven ya cerca de mí,
sé como antes amoroso,
devuélveme mi reposo
y que me perdonas, dí.
Yo no te amaba, es verdad;
pero no debí ceder,
y con cruel temeridad
cometer la iniquidad
que te ha privado del sér.
Enlazó la suerte impía
tu inocencia con mi ardor,
sin preveer cercano el día
en que tan honda alegría
marchitase un nuevo amor.
Es verdad que en ocasiones
eras esquivo y violento
y sin ceder á razones,
dabas á torpes pasiones
en tu corazón asiento.
Tú, solo tú me obligaste
á que de veras te odiara,
tan sólo tú me humillaste,
sólo tú, imprudente, osaste
poner tu mano en mi cara.
Era Bothwell atrevido,
era intrépido, valiente,
y mi espíritu rendido
se colocó, decidido,
del crímen en la pendiente.
Tú ahondaste mi sentimiento.
El no, él llegó á presentir
que nada alcanza el tormento,
y solo el más dulce acento
puede á la mujer rendir.

No era bueno, ya lo sé;
pero yo á sus mil ternezas
cedí. Con pasión le amé,
y ese amor aciego fué
la causa de mis tristezas.
Lleno de crueles enojos
«quiero ser rey» exclamó.
Sentí del rubor sonrojos;
pero al mirarme en sus ojos
«Sélo» dije, y te mató.
Y cumplió su loco anhelo,
y le agasajó la corte
con servilismo y con celo,
y logró, en fin, sin desvelo,
ser de Escocia rey consorte.
Hoy aquel profundo amor
que por Bothwell alenté
sube en forma de rubor,
y tiñe en rojo color
el rostro que mancillé.
Hoy el corazón opreso,
aunque el mundo no lo nota,
en mi faz por cada beso
cual huella de aquel exceso
mira de sangre una gota...
¡Amor que llenaste un día
mi insaciable corazón,
mira á la reina María
reducida en su osadía
á esta lóbrega prisión!
Redimirla no han logrado
los esfuerzos de sus fieles,
y Babington, el osado,
con su plan solo ha alcanzado
hacer sus trances más crueles.
(Se oye una campana.)
¡Ah! La campana ha gemido.

Todo es silencio en redor.
En él los días se han ido.
Todo parece dormido
menos mi acerbo dolor.
Las sombras en los pilares,
la oscuridad por doquier,
ni músicas ni cantares,
nada turba mis pesares,
ningún grito de placer.
Solo esta paz octaviana
en que los días se van,
desconcierta bronca y llana
esa terrible campaña
con su lúgubre ¡tin-tán!...
Ella siempre al mismo són
desde el alto campanario,
nos anuncia la aflicción
ó la sencilla expansión
del cercano vecindario.
¿Que se unen dos almas, puras,
cual lírios de la floresta,
soñando dichas futuras?...
Colocada en sus alturas
ella preside la fiesta.
¿Causando atroz desconsuelo
la niña del pueblo, gloria
cual ángel voló hasta el cielo?...
Ella ha de anunciar el duelo
ensalzando su memoria.
Siempre, en ocasión preciosa,
en toda ocurrencia humana,
según cause llanto ó risa,
se oirá, despacio ó de prisa,
el ¡tin-tán! de la campana.
(Pausa.)
Siguiendo al destino cruel,
descontento ó satisfecho,

el corazón, siempre fiel,
de campana hace el papel
encerrado en nuestro pecho.
Aunque con más leve són
y con definido afán
también nuestro corazón
muestra placer ó aflicción
en su constante tin-tán.
Si una próxima alegría
amargos pesares quiebra,
señalando un nuevo día;
en su sencilla armonía
él con furia la celebra.
Si en cambio, el alma angustiada,
del padecer va sintiendo
la mano que despiadada
ha de convertirle en nada,
él... despacio... va muriendo.. !
Que en la hora siempre precisa
y en toda humana ocasión,
según cause llanto ó risa,
se oirá, despacio ó de prisa,
el tin-tán del corazón...
¿Dónde están esos secretos
y poderosos instintos,
que á nuestros ojos inquietos
así igualan los objetos
tan extraños y distintos?
¿Dónde el ente poderoso
que con fuerzas prodigiosas
sin alterar el reposo,
con silencio misterioso
enlaza todas las cosas?
No sé; mas siempre se oirán
en toda ocurrencia humana,
con dulce ó veloz afán,
del corazón el tin-tán,

y el tin-tán de la campana.
(Suenan cuatro campanadas. Pausa.)
Las cuatro suenan ya. La hora se acerca.
Adios luz, adios sol, adios amores,
todo acabó en el mundo para mí.
Recuerdos tristes de un ayer querido,
no turbeis más mi mente soñolienta.
Mi espíritu aflijido
sus álas bate hácia región sublime,
y poco á poco nota que le alienta
fuerza escondida misterioso anhelo.
¿Es acaso que mi alma
al surgir de este oceano proceloso
puede aspirar la bendición del cielo?
No temo ya á esa muerte que se acerca,
temo á la oscuridad que viene en pos.
Yo ya sé que no muero por mi crímen:
muero por defender la verdadera
religión de mi Dios.
Y muero resignada, resignada.
Escúchalo, Dios mio.
Resignada, pues muero como mártir,
como culpada, nunca!...
Era para Isabel fiero enemigo.
El esplendor de mi corona régia
turbaba su sosiego.
Él podía, en sus ráfagas de luz,
y con sus lenguas de brillante fuego,
aniquilar su fuerza y poderío
y convertir en polvo su alvedrío.
Hidra sin corazón, mujer impía,
Isabel orgullosa,
de mi ruina aún no mires los escombros,
aún yo puedo vengarm
aún yo soy tu rival,
aún la cabeza real
se mece augusta e mi fornid hombros!...
Empiez clarear.)

¡A las armas Babington, á la lucha,
es preciso matar, matar sin miedo.
El sol apunta ya en el horizonte.
Duerme Isabel en plácido abandono.
Cruzad el llano, atravesad el monte,
Incendiad á Inglaterra,
apresad á Isabel
y traedme su cabeza con su trono!
¡No! Conducidla à este castillo viva,
quiero verla sufrir,
quiero que sufra lo que yo he sufrido,
y después, con cinismo y con descaro,
condenarla á morir;
quiero ver, cual su sangre gota á gota,
abandona del pecho las arterias,
quiero ver, con diabólica alegría
cómo la muerte brota,
y escuchar el resuello fatigoso
de interminable y lánguida agonía.
Ver que sus ojos van perdiendo el brillo,
ver que sus labios se amoratan ya,
y yo á su lado, espectro vacilante,
con su corona, plácido el semblante,
buscar en su agonía sus miradas
ê insultar su dolor á carcajadas.
(Cae en el sillón. Pausa.)
Pero todo es un sueño irrealizable,
bella ilusión que acarició mi mente.
Duerme Babington. El socorro es tardo.
Solo falta un momento miserable.
Pronto de María Estuardo
la roja sangre verterá el verdugo,
y un pueblo fiero, de matanza ansioso,
de mi sentencia aplaudirá la ley,
aplaudirá la caída del coloso,
y en este ejemplo triste y vergonzoso
aprenderá lo que se debe á un rey.

¡Oh! No os quejeis, monarcas de la tierra.
No el que hoy brilla será el último día
en que con són de guerra
os llamen vuestros pueblos á la barra.
Ellos aprenderán á mancillaros.
Hoy pisais mi corona.
Ninguno se levanta á defenderla.
hoy vuestro orgullo el corazón desgarra;
pero mañana, en dias revoltosos,
á los dulces y fúlgidos destellos
de diamantes que adornan mil diademas,
sin frenos y sin leyes,
lograrán cortar ellos
por miles las cabezas de los reyes.
Y entonces la conciencia soberana
gritará desde lóbregos abismos:
¿Quién la corona sepultó en el lodo?
Y tendreis que decir: ¡nosotros mismos!
(Pausa. Pensativa.)
Yo también con mis faltas he ayudado
á menguar el prestigio de mi trono.
(Con rapidez.)
Oigo pasos; ya vienen, ya se acercan,
ya el momento ha llegado.
Serenidad María.
(Se abren las puertas y entran Tomás Andrevews, Sir Amias Paulet, guardias, criados, doncellas, etc., etc.)
Los criados y los nobles ya me cercan.
¡Hora suprema de dolor amargo!
Animo corazón.
Sacuda mi alma este fatal letargo,
y sea mi voz la voz de la energía.
(A los que han entrado.)
Ya estoy pronta, señores, ya estoy pronta,
del cadalso las gradas no me asustan;
pero antes de morir aún quiero hablaros:
Yo tengo un hijo y siento su abandono,

quizás arrepentido
quiera vengar mi muerte.
Decidle de mi parte
que nada haga por mí: yo le perdono.
Venganza tan tardía
comprometer su reino y sus vasallos
en torpe lid á su pesar podría.
Decid también á vuestra noble reina
que procure borrar de su memoria
mi recuerdo fatal,
y que olviden también todos los pueblos
estos tristes detalles de la historia.

(Se colocan atrás los guardias y todos desaparecen lentamente.)

FIN DEL MONÓLOGO.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

En la Librería de H. Valeriano, calle de San Martin, núm. 2, Madrid.

En esta casa hay un surtido de más de 50.000 obras dramáticas y líricas, usadas á mitad de precio.

Se dan catálogos al que lo solicite.

PROVINCIAS

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al editor, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas sin cuyo requisito no serán servidos.